

# **EL TEATRO DE LOS DERECHOS HUMANOS, ACTORES PRINCIPALES Y LAS VOCES SILENCIADAS**

**Cheija Abdalahe  
Refugiada Saharaui  
Máster En Derechos Humanos(UNED)**

Los Derechos Humanos, ese término que muchos ni se cuestionan por tomar por hechos los suyos propios. Son un conjunto de atuendos que han ido decorando, a lo largo de la historia, los logros del ser humano en su lucha por vivir en mejores condiciones. Siendo los derechos humanos como un árbol cuya sombra es destinada para cubrir a toda la humanidad, sabiendo el valor que tienen a través del elevado precio que ha costado -y sigue costando- conseguirlos.

El proceso de entendimiento de los derechos humanos, camino en el que llevo desde que tengo uso de razón, incluyendo un máster en derechos humanos, no ha sido un camino sencillo debido a las contradicciones que pueden tener esos términos.

Los derechos humanos en papel están como para enmarcarlos y colgarlos por las calles de las ciudades del mundo. Si se toma, por ejemplo, la Declaración Universal de los Derechos Humanos<sup>1</sup>, ésta es considerada la madre de los derechos humanos del siglo veinte y de los actuales aun siendo cuestionado su cumplimiento y a pesar de haber pasado casi sesenta años desde su promulgación.

En este artículo no pretendo explicar la raíz de los derechos humanos en la historia, más bien se trata de aportar una visión de los mismos enfocada en la persona que, de alguna u otra forma, ha tenido una vida bastante llena de derechos humanos, y a pesar de ello sigue apelando por ellos.

Mi relación con los derechos humanos comenzó cuando era una niña en los campamentos de refugiados saharauis, cuando recibimos por primera vez un televisor blanco y negro de unas dimensiones mínimas cómo para ser visto por una sola persona. Para entonces, el único canal que se captaba era la Televisión de Argelia, cuyo programa entero nos dedicamos a consumir. Aquella diminuta pantalla era nuestro primer contacto con el mundo.

---

<sup>1</sup> “La Declaración Universal de los Derechos Humanos es un documento que marca un hito en la historia de los derechos humanos. Elaborada por representantes de todas las regiones del mundo con diferentes antecedentes jurídicos y culturales, la Declaración fue proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en París, el 10 de diciembre de 1948 en su Resolución 217 A (III), como un ideal común para todos los pueblos y naciones. La Declaración establece, por primera vez, los derechos humanos fundamentales que deben protegerse en el mundo entero” Página oficial de las Naciones Unidas: [www.un.org/es](http://www.un.org/es)

Recuerdo empezar a pensar y cuestionar las cosas tras ver a niños, en películas o telenovelas, que tenían sus propias habitaciones, juguetes, zapatos de diferentes modelos... Recuerdo también la intriga que tenía por saber sus colores. ¿Por qué ellos tienen todo esto y yo estoy aquí tan profundamente sometida en el desierto? Comenzaban las dudas así. Mis padres intentaban con todo el poder que tenían entre sus manos ocultarnos la cruda realidad, y hacer de nuestra infancia lo más fácil y feliz posible.

A mi generación, es decir, los que nacimos en antes del alto fuego del 1991 firmado entre el Frente Polisario y el Reino marroquí con la promesa de realizar un referéndum en el año 1992, no había manera de ocultarnos lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor, la Radio Nacional Saharai, las canciones de fortaleza, las reuniones entre mujeres que eran la base sólida y constructora de los campamentos cada mañana para limpiar entre las taimas y por las tardes para actualizarse de la situación de la guerra.

Con tan solo cuatro años empecé a construir un sueño de querer hacer llegar la voz de mi pueblo al mundo, un sueño que fue la base que me empujó para escoger hacer un master en derechos humanos, a pesar de estar segura de la poca salida laboral que podía tener. Evidentemente, el motor de esta opción ha sido querer saber cuáles son mis derechos y cuáles son las mejores formas de luchar por ellos y conseguirlos.

He de reconocer que mi primer contacto con las lecturas recomendadas para el máster, no eran del todo neutrales, ¿cómo pueden ser neutrales? Después de haber nacido y crecido en un campamento de refugiados durante veinte años, cuatro sin papeles en España y el resto como apátrida, ¿cómo se espera que sea neutral? Lo peor de acumular estos complicados pesos sobre mi espalda fue cuando por primera vez leí la Declaración Universal de los derechos Humanos. Cuando ves escritos esos derechos, tus derechos, que te pertenecen por el mero hecho de ser una persona, pero sólo los ves en papel, entonces empecé a cuestionarme qué pieza estaba perdida, ¿qué es lo que impide la

implementación de los derechos humanos fundamentales que aparecen en la Declaración Universal de los Derechos Humanos?

Las dudas nublaban mi mente y me hicieron buscar fuentes que me podrían mostrar con certeza qué es lo que les estaba ocurriendo a los derechos humanos, y el porqué de cubrir a algunos humanos y dejar al desnudo a muchos otros. El punto de inflexión fue cuando por primera vez me presenté en el Alto Comisionado de los Derechos Humanos, en Naciones Unidas, Ginebra. El primer contacto fue cuando al entrar al edificio empecé a saludar a señores parados ante la puerta y un compañero me esperó hasta que acabe de hablar con ellos para decirme: “serás la única que les dedica tiempo a los conductores de coches de las embajadas”. ¡Maldita jerarquía!- pensé, ¿hasta aquí nos persigue?

He de reconocer que fui con expectativas de ver a personas profundamente involucradas en encontrar soluciones a los infinitos problemas que preocupan a la humanidad y que suelen, en su mayor parte, ser causados por los Estados que más dinero invierten en la ONU. Algo que complica el puzzle todavía más.

Una semana dentro de las entrañas del Alto Comisionado de los Derechos Humanos, me hizo ver que aquello era un escenario en el que se debatía sobre vidas, destinos y futuros de millones de personas. Cada vez que volvía a la casa de los derechos humanos, sentía que perdía más la confianza en la intención de los Estados por ser menos opresores y en que cada persona pudiese gozar de los derechos humanos; aunque, al mismo tiempo, ganaba más certeza de que tiene que ser el pueblo el que lucha por sus derechos, que si creemos que nos los merecemos, nunca nadie nos los va a regalar, lo que implica una constante batalla contra el lado que goza de más poder económico, mientras que el nuestro es el del Derecho.

La realidad de la situación de los derechos humanos por todo el mundo, donde vemos que cada vez retrocedemos aún más, al volverse los mismos todavía más inalcanzables para millones de personas, de pueblos, de comunidades de las que el mundo desconoce su realidad diaria. El silencio es el método usado por los estados involucrados en cualquier tipo de violación de los derechos humanos, y los medios de comunicación son su mensajero manipulador contribuyendo a que la sociedad enfoque su atención en asuntos insignificantes, a arrebatarle la empatía, el conocimiento y, por lo tanto, la capacidad de ayudar.

Por muy complicado que nos pueda resultar, o irracional o difícil de aceptar, la situación de los derechos humanos va decayendo, y cada día se priva más y a más personas de tener acceso a sus derechos. Los estados cada día son más radicales y tienen comunes agendas en desviar la atención pública hacia otro marco, las empresas de los países que se definen “primermundistas” son las promotoras de los saqueos que sufren pueblos de África, América Latina o Asia, mientras que a la vez, venden una imagen de respetar los derechos humanos fundamentales de las personas.

El ángulo desde el cual observo la realidad y sueño entre el avance y el retroceder de los derechos humanos parte, en la mayoría de los casos, de ser saharauí. El pueblo saharauí es un claro ejemplo de cómo ha flaqueado la Declaración Universal de los Derechos Humanos ante una trama que impide a este pueblo poder gozar de un derecho humano fundamental: el derecho a la autodeterminación.

Después del abandono del estado español a la provincia cincuenta y tres y firmar los Acuerdos de Madrid, en los que España reparte el Sáhara Occidental con Marruecos y Mauritania, el pueblo saharauí no ha parado de sufrir en carne propia las violaciones constantes de sus derechos, con el silencio que refleja el consentimiento de la comunidad internacional. En el marco del Alto Comisionado de los Derechos Humanos, el discurso saharauí es tratado de forma negligente y refleja una contradicción evidente que coloca a la

comunidad internacional en una situación incómoda entre la debilidad y el intencionado descuido en otras ocasiones.

La juventud saharauí vive un día a día en el que se le arrebató el derecho de un futuro mejor. Lo viven los saharauíes bajo la ocupación marroquí, donde no existen universidad, no hay derecho al empleo y especialmente si eres un activista por los derechos humanos. Lo vive los jóvenes en los campamentos de refugiados saharauíes en unas condiciones de vida extremas, y, a pesar de ello, siguen soñando. Son jóvenes que también quieren tener una vida y un mejor futuro, estudian durante años lejos de sus familias, se preparan para la nada, para lo desconocido o quizá para cuando la comunidad internacional y las Naciones Unidas cumplan finalmente de una promesa de unos meses que tardó más de veintiséis años.

En definitiva, los derechos humanos sufren un peligro constante y exigen una concienciación social, especialmente desde las sociedades que tanto los toman por ciertos. Es verdad que en el teatro de los derechos humanos, la realidad es que los estados más involucrados en sus violaciones son también los más activos económicamente, pero ¿es suficiente el mero hecho de querer conservar sus propios intereses económicos o políticos para darles el derecho de violar derechos humanos de las personas?

También hay que reconocer que los pueblos oprimidos no podemos cesar en el intento de querer tener espacio en este escenario y de rechazar el encerrarnos en los roles de víctimas.

Por ende, el camino de conseguir los derechos humanos ha costado siglos de lucha, millones de vidas humanas y mucho esfuerzo individual en no dejarse blindar la vista por la manipulación constante que sufre la humanidad. Muchas injusticias están siendo cometidas por los estados y gobiernos que tanto se proclaman abiertamente como protectores de los derechos humanos. Sin embargo, lo que no se puede cubrir es la doble moral con la que manejan los hombres en traje y

Cheija Abdalahe

corbata, sobre mesas limpias y salas con calefacción, los destinos de millones de personas.

